# CAMPOAMOR.

CAMPOAMOR!... ¿Quién habrá tan adusto que lea este nombre ó vea aparecer la cara plácida del que lo lleva, sin que se le desarrugue el ceño y... se ría?

Nadie, seguramente. Alegre como unos cascabeles, Campoamor, que es la jovialidad en persona, la impone con su recuerdo cuanto más con su presencia, en la que brillan todas las alegrías de la salud, del bienestar y de la buena conciencia.

Porque á la conciencia... á veces... le pasa lo que al olfato, que, á fuerza de pervertirse, llega á complacerse en el mal olor... y nunca está más satisfecho que cuando aspira un miasma que él toma por aroma salutífero y delicado.

No es esto decir que Campoamor sea un criminal... de esos que castiga el Código... pero

á juzgar por la tranquilidad con que escribe... merecería un presidio.

No sé quién ha aplicado oportunísimamente á Campoamor el dicho hecho para Feijóo: «Había que levantarle una estatua y quemar al pie de su pedestal sus obras.»

A excepción de unas cuantas joyas que con el título de *doloras*, *fábulas*, *poemas* ú otras varias constituyen en realidad verdaderas *obras maestras* que le acreditan de *genio*, el resto del mismo nombre brilla tanto por sus bellezas literarias como por sus deformidades morales.

Si fuera menos artista, sería un escritor pornográfico; como es un artista de primer orden, sus *libertades* son *áticas*. Pero cuidado con confundir las provocativas desnudeces de Campoamor veladas, más que por la severa mano del pudor, por la diestra ejercitada de un refinamiento sensual, con las *desnudeces castas* del arte clásico.

En este particular, tenemos la pretensión de haber dicho la última palabra. Examinando su literatura á la luz de nuestra filosofía, hemos encontrado la fórmula estética que hace de Campoamor el más funesto de los escritores y el más peligroso de los artistas.

La entregamos llenos de confianza y seguridad á la circulación en las menos palabras posibles: Campoamor es un genio artísti co que



ha sustituído uno de los términos invariables de la misión del artista, trocándola de *divina* en *diabólica* con semejante sustitución. La misión del artista se reduce á *sensibilizar lo ideal* y á *idealizar lo sensible*, como es sabido. Campoamor ha sustituído lo *sensible* con lo *sensual*, y, tranquilo con esta mistificación, da rienda suelta á su musa por los fértiles campos de su ingenio, *sensualizando lo ideal* é *idealizando lo sensual*. Por eso, salvas honrosas excepciones, que constituyen las *obras maestras* á que nos hemos referido, el resto de las obras de Campoamor merecerían el fuego; porque no es el cuerpo con sus brutales apetitos el que allí se revuelca, como en el vulgo de los escritores corrompidos... allí, del seno de irisada nube, se desprende el alma para bañarse, como en un lago límpido y azulado, en los charcos más infectos del camino; y, transfigurándolo con las bengalas de su ingenio, el cieno que chorrea el alma después del baño, se dora con todos los cambiantes de la luz y con todos los reflejos del arco iris. Por este procedimiento tan sencillo, Campoamor ha puesto del revés el orden estético y el moral. Por eso juzgamos más peligrosos sus *psicologismos* que todos los *bestialismos naturalistas*. No es que falte allí el alma ó que sucumba, no. El alma está allí en perfecta y plácida harmonía con el cuerpo. Sólo que en vez de

presidir á esta unión como reina y señora dentro de su reino, está como soberana que sólo dispone del manto real para cubrir con él al más envilecido de sus esclavos.

No lo hace esto por maldad Campoamor, no, ciertamente: lo hace por naturaleza, más bien por *bonachonería*, si se nos permite la palabra. Es tan agradable el *placer* y es tan desagradable el *dolor*, que el poeta de las *Doloras* no lo concibe mayor que el no poder divertirse... y se divierte buscando en la risa primaveral de la humanidad y de la tierra el color favorito de su pincel, que, para poder reirse de todo lo triste, hace como que llora con todo lo alegre.

Ya había aplicado á otro género de asuntos este procedimiento aquél que cantaba:

«En las cuestas arriba
Quiero mi mulo,
Que las cuestas abajo
Yo me las subo.»

Por eso el *humorismo* de Campoamor es superior á todos los *humorismos*, siendo práctico y teórico á la vez.

Así es que, teniendo un talento colosal, no hay medio de que lo emplee *seriamente*, á no ser cuando disuelve la Quinina para oprobio de Galenos y farmacéuticos.



Como empleado... *cuentan* que cuando le trajeron el primer expediente, preguntó:—«¿Les parece á ustedes que me paga el Gobierno para que pierda el tiempo leyendo esas tonterías que ustedes han escrito para pasarlo?»

Como Académico... *dicen* que preguntándole en una ocasión el Presidente si traía alguna papeleta para el Diccionario, contestó muy fosco:—«¿Tengo yo cara de traer papeletas?»

Como Consejero de Estado... *refieren* que como en una cuestión administrativa Campoamor pronunciase un discurso en que llamó á los *escultores*... *picapedreros*, arrastrando tras de sí á la mayoría, el Presidente (que era Ríos Rosas) empezó así su refutación:—«El señor Campoamor, que en vez de *ilustrar* las cuestiones las *ameniza*...»

Y es que Campoamor (perdónenos su ausencia), no ha tomado nada *en serio* en toda su vida. Cree que la *seriedad*, como las orejas largas, es patrimonio de los asnos. Mira la vida como un sainete de brevísima duración, y recordando la pregunta de Augusto desde su lecho de muerte, aspira á representar el papel más divertido de la comedia y procura alargar la fábula todo lo posible.

Cuando se le ve en los días más serenos y templados rodear su oronda humanidad con pieles y se le pregunta el motivo de tanto lujo

de precaución, contesta:—«Quiero ver lo que dura una persona bien cuidada.»

Y sin embargo, este pagano rezagado, que no tiene de cristiano más que su mujer; este comensal de Mecenas, hermano gemelo de Horacio, no es egoista. Su bolsa está abierta constantemente á los pobres y á los amigos; sus dehesas son una hospedería permanente, en las que ejerce la hospitalidad con tanta cordialidad como esplendidez. Nadie le gana como anfitrión. Tiene toda la bondad, generosidad, nobleza y desprendimiento de un *vir... bonus* con bondad puramente natural. Por un amigo es capaz de tirarse de cabeza á un pozo. Cuando por no abandonar á Romero Robledo se separó del partido conservador, replicaba á los que le motejaban de inconsecuente:—«Si yo no siguiera la suerte de Romero Robledo, habría que colocarme en la Puerta del Sol como la *Estatua de la ingratitud*.»

Como poeta lo es de nacimiento. Eslo además porque *piensa* tanto como *siente*, aun cuando piensa generalmente mal. En cuanto á *reglas*, sólo tiene la regla de no tener ninguna. Cuando acaba una obra, antes de leérsela á sus compañeros los Académicos, se la lee á su *cocinera*, para ver el efecto que en el alma virgen del vulgo produce la exposición de los afectos humanos.



El secreto de su inmensa popularidad está en la fácil naturalidad con que dice las cosas hondas. Las aves, las flores, los niños, los ancianos y las mujeres son sus asuntos predilectos y los héroes de sus *epopeyas* ideológicas. Todo parece inocentísimo... pero no os fiéis: por entre los nacarados y olorosos pétalos de la flor... asoma su dardo el venenoso áspid, suavemente enroscado alrededor del tallo virginal.

Alguien ha comparado las poesías de Campoamor con un pomo del Renacimiento cincelado por Benvenuto, que en vez de bálsamo salutífero encierra una ponzoña mortal. Nosotros las comparamos con uno de esos puñalitos adamasquinados, verdaderas joyas de tocador, cuya acerada y luciente punta está impregnada de *curare*. Seduce á los ojos por lo gentil, se toma entre las manos como un juguete. Sin saber cómo, su punta imperceptible ó su filo acerado hace correr un poco de sangre; el veneno se desliza en el torrente de la circulación, y cuando queréis acordaros, el frío de la paralisis ha invadido vuestro pecho, ha amortiguado vuestro corazón: el alma... ¡es un cadáver!

Como filósofo... había que ahorcarle. El Padre Zeferino lo dice: es una naturaleza filosófica; si quisiera filosofar *seriamente*, sería una

*gloria nacional* cortada por el patrón de Luis Vives y de su escuela. Tiene todos los caracteres del criticismo español. Pero no quiere... y sólo revela su natural poder de especulación forjando hipótesis como su teoría ideológica, basada en la cantidad, que asombra y que suspende, y cerrando lanza en ristre contra el formidable escuadrón de *Caballeros de la Lenteja*.

En suma, es un filósofo español de pura raza: sería un *tomista* incomparable si Santo Tomás no fuese fraile. Eso de *convento* le entristece, á él, que sólo concibe la humanidad discreteando alegremente en los jardines de un serrallo.

No negaremos, sin embargo, en muestra de imparcialidad y para que el retrato sea completo, que este *loco de atar*... (literariamente hablando), al que se podría aplicar aquello que dice Rubí de Colón:

«¡Es loco, que más de un cuerdo
Quisiera su entendimiento!»

tiene lucidos intervalos, en que se levanta á toda la altura de sus prodigiosas facultades. Entonces, poeta, su musa irritada tiene acentos proféticos dignos de la lira de Israel; filósofo, su mente fulgura con las iluminaciones espiritualistas y esculpe fórmulas que parecen sentencias de Pascal. El filósofo y escéptico



*humorista* desaparece de pronto, y en su lugar queda el atleta vengador de la fe, de la justicia, del honor y de la majestad en la historia, en la filosofía y el arte. Su palabra, tajante como una hoja toledana, penetra hasta la médula de los huesos, y deslumbra, al caer, los ojos. Su estilo, semejante al cincel de un escultor, labra en el ánimo más endurecido la reproducción de sus afectos. Entonces se ve la fuerza que puso Dios en aquella cabeza extraordinaria. Subyuga y avasalla su estro potente... Pero todo esto es un relámpago pasajero y fugaz; como si le molestase ostentar las energías de su naturaleza, corre á deponer la clava, como Hércules afeminado, para empuñar la rueca, reposando su cabeza sobre la liviandad ataviada con los atributos de una musa.

Y entonces es cuando, para justificar su deserción, inventa *sus teologías*, que no merecen otro nombre, por más ingenio y sutileza que revelen, sus desenfadadas teorías *estético-morales*, reductibles todas ellas... en puridad, á la respuesta de aquel borracho que, amonestado en un momento de templanza por sus hijos ante el espectáculo de los traspies y caídas de un compañero suyo devoto de Baco que salía de uno de sus templos, como le hiciesen ver la degradación y bajeza de aquella *imagen de*

*Dios* rebajada al nivel de los mismos brutos, escarnio y ludibrio de las gentes, se apresuró á replicar:—«Callad, necios, vale más la alegría que ese hombre lleva en el cuerpo que toda la seriedad de los que se burlan.»

Así son las *filosofías del arte* de Campoamor, despojadas de las brillantes paradojas con que las reviste su ingenio.

Lo mismo que en el arte y la ciencia le pasa en la vida social. En una ocasión, tratando una cuestión que se había hecho política, llamó... no sé qué á los marinos: toda la Armada le desafió. Hallábase postrado á la sazón con intensa fiebre. Aquel hombre corriente, juguetón, afable y dulce, no se enfadó; pero se *envenenó con quinina*, y durante los efectos del envenenamiento, en un paréntesis que forzó á abrir á la calentura, cortó la cara de un sablazo al formidable campeón designado por sus contrarios... y tomó el contraveneno después. No le ensalcéis la *heroicidad*: en materia de *sablazos* encuentra muchísimo más *heróico*, cualquiera de los muchos que le dan la turba multa de sus admiradores y discípulos.

¡Sus discípulos! ¡Justo castigo á su perversidad! Semejantes, por lo común, al.... rucio que se propuso imitar al faldero, toman las genialidades peculiares de Campoamor por perfecciones genéricas; y dejándose olvidados *del otro lado de la cuna* la ática sal, la vis cómica, la sutil agudeza y la honda intención de su maestro... salen retozando por esos campos de Dios con cada *Dolora* que es capaz de hacer verter lágrimas de dolor al mismo convidado de piedra.



No; Campoamor no puede tener discípulos, ni puede dejar escuela, ni sus imitadores podrán ser otra cosa que caricaturas sin gracia de este originalísimo escritor.

Quitad á Campoamor su personalidad exuberante que se insinúa y que se impone; quitadle su inimitable modo de leer con que graba en el ánimo de sus oyentes, acentuando hasta el más delicado matiz y arrastrando ó recogiendo la frase, la intención oculta en el más cándido de sus versos; quitadle el *dejo montañés* que, como las frías nieblas de su patria, proyecta no sé qué vaga tristeza y melancolía en sus más alegres y *soleadas* producciones; quitadle el atrevido y rápido, pero seguro toque con que aventura una *sublimidad* sobre el borde de un *ridículo*, y os sucederá lo que con la *sopa de guijarros* del soldado le sucedió á la cándida patrona que, más avisada al cabo que los discípulos de Campoamor, es de creer que arrojaría á la espuerta los *pedruscos* en vez de arrojárselos á la cabeza del público con el título de «*imitaciones*.»

Pero volvamos á Campoamor, ó mejor *acabemos* con él.

Campoamor recibió de Dios los más prodigiosos dones: los dones más á propósito para llenar una misión cuya fórmula el mismo Campoamor nos ha dejado. El hombre que escribió como lema y blasón de su carrera literaria: *La metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje*, hubiera realizado en su propia personalidad el filósofo literato ó el literato filósofo, que tanto necesitaba la cultura patria.

Por este camino le llamaba Dios... pero él prefirió seguir por el que le llamaba el diablo; y en vez del pensador serio, investigador y fecundo que arrancase nuevos secretos á la realidad interrogada por su genio apremiante y poderoso, ha preferido ser el ingenioso y chispeante sofista que todos conocemos; y en vez de ser el poeta de las grandes ideas y de los grandes sentimientos que llamase con su inspirada voz el corazón á lo alto, es el poeta... que... *¡todos!* leemos; filósofo y poeta tanto más perjudiciales, cuanto más resplandece en sus producciones el genio y la inspiración que ha recibido de lo alto.

Ayala se lo dijo en una substanciosa composición, que es un retrato de cuerpo entero á lo Velázquez del gran ingenio asturiano. Si la supiéramos de memoria, la estamparíamos aquí



como prueba de todo lo que hemos dicho. Sólo recordamos el pensamiento final que sintetiza todo nuestro pensamiento, á saber: que Campoamor no sería tan malo si Dios no lo hubiese hecho tan bueno.

«Tú no serías tan malo
Si fueses algo peor.»

Por eso nosotros, siempre que nos despedimos de él, asombrados de su valer é indignados de la labor en que se emplea, le repetimos aquello de que «á pocos negará Dios con más sentimiento y con mayor justicia la entrada en el reino de los cielos.»

Porque esto es lo que nos pasa á nosotros al criticarle. Nos da tanta pena acusarle ante nuestros lectores, que sin ser escrupulosos, ni mucho menos, hemos de confesarnos de una tentación de *herejía* que nos asalta. Al ver lo *buenamente malo* que es Campoamor, quisiéramos creer que después del juicio final en que por desagravio á la vindicta pública debe ser condenado... á lo menos por una vez, y accediendo á la unánime aclamación de todos los elegidos, la divina prerrogativa iba á ejercitar la gracia de indulto... para aplicársela á este escritor... imposible!... á quien no se puede menos de querer con toda el alma, cuando en ley de justicia y razón debía detestársele con todos los

sentidos. Porque en él son simpáticos el error y la deformidad, y en vez de indignación y de escándalo, sólo provocan alegres sonrisas sus atrevimientos más audaces... porque sus versos, como sus pensamientos, como sus hechos y dichos, no son ni dichos, ni hechos, ni pensamientos... son simplemente *cosas* para todo el mundo, y con este pasaporte que le expide por sufragio universal la opinión pública, escala y alborota los cielos, revuelve toda la tierra, alegra y divierte los infiernos, y viejos, y mozos, y viudas, y doncellas, aspiran sonriendo los mortales y embriagadores perfumes de las vistosas flores de su ingenio, murmurando para su excusa ante Dios, ante su conciencia y la sociedad, el *visto bueno* del pasaporte universal.

«¡*Cosas* de Campoamor!»

«Cosas tenedes el... Cid...
Que farán fablar las piedras.»

## ENRIQUE PÉREZ HERNÁNDEZ.

Qué grande es el poder de Dios! ¡Cuán misteriosos sus designios!... Un día crea en los abismos de la nada un alma esplendorosa y potente, la infunde en un cuerpo sano exuberante de vida y robustez, toca con su mano la frente serena y despejada... y enciende en ella la luz que ha de disipar las densas tinieblas de la ignorancia y de la duda... y al otro día... la muerte, que se pasea inofensiva por entre el número infinito de los tontos y la vil muchedumbre de los malvados, se abate, como el buitre sobre su presa, sobre el genio, y lo arrebata entre sus garras á otras regiones, dejando, como trofeos de su rapiña, un triste montón de despojos á la voracidad de los gusanos.

Diríase que con este despilfarro de su poder creador, la Providencia se propone demostrar